

PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTA CRUZ

Por Juan Antonio
Padrón Albornoz

Diálogo, que no monólogo

Hemos creído siempre que Santa Cruz era ciudad de discutidores incansables. Que todo el mundo tenía su opinión, buena o mala, y que—por tanto—y en ejercicio de sus legítimos derechos estaba dispuesto a defenderla hasta la afonía más completa y total.

Y buena prueba de ello es el coro altisonante que envuelve, como capa sonora, a todas las peñas donde se discuten los viejos, y siempre nuevos temas del deporte local.

En las mañanas de los lunes—mientras dura la exhaustiva zafra futbolística—todas las esquinas de Santa Cruz se convierten en ágoras pobladas por circunstanciales oradores que, con todo entusiasmo—digno además de mejor causa—tratan de convencer a sus oponentes de la manifiesta ilegalidad de los goles que encajó "su" equipo.

En las mañanas de estos lunes, repito, Santa Cruz despierta a un mundo nuevo, insólito y verdaderamente circunstancial.

En el café se vocifera y discute.

En la calle, con más amplitud y espacio vital, se llega incluso a la gesticulación exagerada.

Y es curioso ver, desde cierta distancia, claro está, a uno de estos numerosos grupos en el pleno uso de sus facultades físicas y mentales. Y, sobre todo, discutidoras.

Hace sólo unos días tuve la oportunidad de observar a uno de ellos. Me coloqué en lugar desde donde no apreciaba sus recias voces ni sus contundentes adjetivos que, como verdaderos adoquines iban dedicados—como siempre—al equipo arbitral, jugadores contrarios y, por extensión, a toda su honorable parentela.

Sólo se percibía la monótona canción del tráfico ciudadano y, al mismo compás, la no menos monótona cantinela de un sufrido conductor que trataba de convencer a un policía municipal de lo legal de su aparcamiento.

Desde lejos observaba y no oía.

El que parecía llevar la voz cantante—"hincha" al parecer de un equipo perdedor—declamaba como un actor principiante. Sus manos parecían llevar el compás de una arenga dirigida a una multitud espectante para, luego, en gesto muy del teatro de Echegaray, llevándose a la cabeza con ademán dramático, verdaderamente estremeceador y pavoroso.

De pronto cogió por la solapa a uno de sus tres oyentes que, de inmediato, como amedrentado, dio un paso atrás. Creí que la integridad del traje peligraba, máxime cuando en alas de la brisa llegó a mis oídos una palabra—árbitro—acompañada de un rotundo adjetivo.

"In mente", aquel hombre tenía en sus manos al juez del encuentro donde su equipo había sido vapuleado. Y se preparaba para vapulear al atemorizado espectador y oyente que, con toda clase de precauciones, trataba de librarse y recuperar su perdida libertad de movimientos.

Un empujón del "hincha" lo despidió al tiempo que, con la mano derecha, ya libre, éste se golpeaba el pecho como prueba de su profunda y certera convicción sobre todo lo expuesto. Los tres oyentes, apabullados por la oratoria, mantenían actitud de niños ante el maestro.

Allí estaban como en meditación, con ligeros movimientos de cabeza, se mostraban de completo acuerdo—¿y quién no?—con el iracundo conferenciante. Parecían hipnotizados—mejor: paralizados—ante aquel derroche, verdadera catarata sonora, de palabras y gestos ampulosos.

Pero de pronto el hechizo quedó roto cuando el estridente frenazo de un auto sobresaltó a la calle entera. Y, aprovechando la oportunidad que tan inesperadamente se les brindaba, los tres oyentes salieron de su mutismo y, declarando en voz alta su opinión sobre la regulación del tráfico rodado en las calles de Santa Cruz, escaparon con toda rapidez.

Seguí entonces mi camino.

En la esquina, imagen de la más completa desolación, quedaba el frustrado orador, desesperado ante la súbita deserción de sus huestes.

Seguí entonces mi camino, repito, y pensé que el continuo y violento opinar significa un derroche de energías útiles. Que muchas son las personas que nos informan de lo que nada nos interesa y que, por el contrario, en nuestro caso de informadores nos informamos de que nadie quiere informar sobre lo que en verdad sí conviene saber.

Los periódicos sí que opinan. Larga y trabajosamente, pero opinan.

Mas ¿para quién opinan? ¿En qué especie de desierto claman?

En definitiva, cree que el país de los discutidores se ha vuelto tierra de sordos y mudos. Sólo los lunes por la mañana la ciudad recobra aquella su euforia de discutidores incansables. Luego cae en su letargo a la espera de un nuevo domingo con su fútbol y, lógica consecuencia, su lunes con gritos y busca de explicaciones para lo que ya no tiene remedio.

Y entonces me pregunté, como el "hincha" orador lo haría en su momento, ¿para qué seguir un monólogo si no tenemos posibilidad de diálogo? El, el "hincha", no tenía oyentes. Pero Santa Cruz carece de oradores que, a nivel municipal, contestan a las múltiples preguntas —taxi, transportes urbanos, vigilancia nocturna, alumbrado eléctrico, abastecimiento de agua, estado de las calles, etc.—que ciudadanos y ciudad formulan.